

zo en pre de la reconquista de sus perdidas libertades. El mismo caudillo de los reyistas, no obstante que se sentía apoyado por la opinión que había llegado a hacerse "cualquierista" y aún por buena parte de militares impacientes o despechados, escondía cuidadosamente, con delirio indeciso, el enjuto programa de sus impotentes ambiciones. Un miedo vertiginoso prosternaba los corazones en un abismo de relajamiento y de bajeza. Por boca de uno de sus miembros más distinguidos, aquella sociedad había expresado el preciso estado de su ánimo: "iremos hasta la ignominia". A la sola idea de "querer", de manifestar la voluntad de hacer algo, los ciudadanos palidecían sin que ninguno se percatase de su abyecta renunciación, del sacrificio de su civismo y su conciencia. Publicistas, militares, políticos, todo el mundo seguía al hombre cuya voluntad ya decrepita, imperaba sobre todos los ciudadanos, conductores y conducidos. Ante aquel domador implacable y bajo el influjo del pavor general, la República asemejábase a una gran jaula de animales domesticados. Ante las más infames encarnaciones de la autoridad, la nación entera se inclinaba olvidando el apotegma de Kant: "el que se hace gusano no debe esperar otra cosa que ser aplastado" y daba al mundo, como Guatemala, su vecina y hermana menor, el humillante espectáculo de una república sin fé republicana, de una república despótica que ponía en los altos puestos no a los mejores ni a los más dignos, sino a todos aquellos que se sintieron más capaces de violar el irrisorio juramento constitucional con cuyo exergo su autoridad daba principio revelando así, desde el primer instante, el alma de un nuevo verdugo o la conciencia de un nuevo lacayo.

De regreso en su país, Madero comprendió bien pronto las hondas causas del malestar público. El joven estudiante de Versalles había formado su espíritu en la armonía de aquellos vastos jardines, los más bellos del

orbe, y nutridolo con heroicas y sanas lecturas. Al regresar a su país, en pleno entusiasmo, con la vida en flor y el corazón caliente de civismo, pudo decir como Bolívar: "los americanos, en el sistema español que está en vigor hoy más que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo".... Desde su llegada, juzgó de las cosas de su país con apreciación exacta. Su carácter serio y franco, pero al mismo tiempo cordial y alegre, le conquistaron desde luego la amistad de todos sus coterráneos. En aquel pueblo de San Pedro de las Colonias, encajado en el centro de la próspera región algodonera, residencia de los principales mineros de Naica, el dinero abunda y se derrocha con exhuberante fantasía. Sus amigos hablan de aquellas locuras juveniles, sorprendidos aún del cambio completo que aquel jovial soltero trajo a su hogar cuando, casado, la genial alegría de su vida tornose en una plácida gravedad que parecía ensombrecerla por la idea fija. Consagraba su vida al cariño de su esposa, a sus importantes trabajos agrícolas y a la iniciación y sostenimiento de obras benéficas que, desde entonces, jamás dejaron de ocupar su atención. Cierta fatalismo árabe—vago vestigio de su raza paterna—imprimía a la mirada ardiente de sus ojos pardos una expresión de sinceridad, de audacia y de firmeza que interesó siempre la atención de cuantos espíritus analíticos lograron aproximarsele. Con el alma limpia, despojado de toda costumbre, de todo prejuicio, por su larga reclusión meditativa en los colegios del extranjero, no se conformaba ni se sometía al uso, la tradición, la fórmula, sin antes preguntarse si eran buenas o malas, pues no ignoraba que hay cosas que la superstición pública idolatra y que no son otra cosa en suma, que los muñecos pintados del profeta. Antes de que germinase en su cerebro la idea redentora, en las conversaciones con sus amigos empezó por manifestarse opuesto a los falsos prestigios, a los falsos ídolos. Iconoclasta por educación, la claridad y la lógica de su inteligencia tenían que llevarlo, por la dia-

ria observación de las desgracias nacionales, a la magna idea de la Redención India por la única fuerza capaz de oponerse a las tiranías seculares: la DEMOCRACIA.

Madero no se adelantó a su época. Su figura surgió en el momento más propicio para la difusión de su doctrina. Sin su aparición en aquel momento, el sucesor del Gral. Díaz se habría llamado Bernardo Reyes o Emiliano Zapata. Los criollos disidentes de la oligarquía "científica," ayudados por el pretorianismo resurgiente, se preparaban a imponer al pueblo, en las sombras rojas del dos de Abril, un nuevo gobierno más fiero y mucho más peligroso aún que el antiguo, el cual, aunque nunca saciado, como Mesalina ("lasciata ma non saziata") representaba al menos cierta respetabilidad, cierta opulencia no exenta de grandeza y en su seno se encontraban las únicas inteligencias de la República que pudieron, por un hábil juego de complicidad y sumisión, escapar a la racha porfiriana. El reyismo, refugio de medianías fracasadas, se presentaba con el vientre vacío y aguzados los colmillos, agresivo pero prudente como zorro hambriento. No obstante, el cansancio de la opinión era tal, tan grande la antipatía de todo el mundo por los "científicos," que toda la clase criolla, respaldada por buena parte del elemento militar y fortalecida por el contingente urbano, ávido de novedad y de barullo, seguía con vacilante entusiasmo a aquel grupo de agitadores que reflejaban el espíritu nebuloso e indeciso de su patrón y en cuyo programa no entraba otra idea que la suplantación de los "científicos" y el reparto de los puestos públicos.

Pero si la agitación reyista bullía en las ciudades, otro elemento más formidable preparábase también, en la sombra, a decir su palabra. La corta visión política de los reyistas jamás la tuvo en cuenta. Oprimido y mudo, el dolor mexicano, viejo de cuatro siglos, se había refugiado en la soledad de los campos o en las alturas de las montañas. Gemía en silencio, atesoraba sus lágrimas para convertir el todo, llegada la hora, en rugidos y fu-

silazos. (1) Aquel dolor era hondo, viejo y reconcentrado. Sus lamentos no llegaban siquiera a las capas intermedias de la sociedad. Ni el Gral. Reyes, ni su criolloría, ni el mismo obrero de las ciudades, influenciado por la general mansedumbre de las clases directoras y la eterna impostura de los periódicos, comprendieron jamás la solemnidad de aquel silencio. La semilla de Hidalgo tenía que germinar en aquellos corazones al primer grito de un Zapata, de un Villa o del primer vindicador fuerte y capáz de marchar por los campos sobre las ametralladoras federales.

El pueblo rural no tomaba parte alguna en la deliberación política de las demás clases; pero el sentimiento criollo, al iniciar Madero su arriesgadísimo apostolado por el territorio de la República para ponerse en contacto con el pueblo levantando su espíritu, el sentimiento criollo, digo, se manifestaba francamente reyísta dentro de la ex-archivada fórmula del antirreeleccionismo. Su candidato,—prestigioso personaje propicio al incurable fetiquismo de la raza—era reconocido como el más aventajado discípulo del viejo gobernante que se trataba de derrocar o de suceder. Las íntimas aspiraciones de

(1) Sabido es que en el campo no sólo hay mayor salud física sino también mayor salud moral. Además, mientras el urbano tiende al gage, a la holganza, al parasitismo, el hombre del campo tiende al trabajo, a la tierra, a la conquista de la tierra para trabajarla. El gran hacendado, de mentalidad "clubista" atrofia sus sentimientos en el placer y el ocio. Los psicólogos dicen que la riqueza, por lo general, endurece los corazones. La gran masa social no puede esperar su salvación o su mejoramiento de los más ricos sino de los más cultivados. Por eso gritaba el patriarca del socialismo contemporáneo: la redención de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos.

El principal daño que la política de perpetuación del General Díaz trajo al país, fué la creación de una burocracia estancada. Todo personal que se inmoviliza, acaba por descomponerse, como se descomponen las aguas estancadas, las aguas quietas. Se concibe que ciudadanos prominentes, por sus virtudes cívicas, por sus talentos o por sus extraordinarios servicios a la comunidad, sean recompensados por el pueblo con la renovación del mandato que los llevó al congreso, al municipio, al gobierno, pero en México todo funcionario pretende ser perpetuamente legislador, perpetuamente consejero, perpetuamente gobernador, perpetuamente jefe político. De aquí que una República se convierte en feudo, en patrimonio de una casta.

aquel partido se inspiraban en la vieja modalidad española: "quitate tú para ponerme yo". Por poco que se examine en su fondo la tendencia "anti-científica", se encontrará siempre esa esencia en el sentimiento opositor de aquella época y nada prueba mejor que aquella tímida y reticente campaña, la persistencia de la idea oligárquica en el espíritu de nuestras clases blancas. Convenía la "democracia", porque esta conduciría fatalmente a la autocracia del elegido magnate. Convenía el "sufragio efectivo", porque la masa urbana, conducida a las urnas, habría votado por Reyes arrancando así el gobierno de las manos de los científicos encumbrando a éste. Convenía la "no-reelección".... de don Porfirio y de Corral particularmente porque traería la subversión de los poderes en beneficio de la nueva oligarquía. (1).

Pero Madero comprendió toda la trascendencia de aquellas dos fórmulas que, en manos de un Gobierno verdaderamente humanitario y progresista, encerraban el secreto de la Redención India en un país cuya población contiene una enorme mayoría de indios (45 por ciento de mestizos y 35 o 40 de indios puros). Su pensamiento, mucho más vasto y radical, no se dirigía contra la transitoria oligarquía de los científicos. A sus ojos de redentor, lo mismo eran científicos que liberales, reyistas que conservadores. No podía compartir en su intensidad aquel sentimiento, porque conocía el mal en su raíz y sabía que la herencia colonial hecha de inercia, de opresión y de logro, había siempre gobernado el país bajo el cartel de yorkinos o escoceses, centralistas o federalistas, liberales o conservadores, y seguiría gobernándolo con mayor o menor despotismo mientras no se sacase de

(1) En un banquete que se le ofreció en Monterrey pocas semanas antes de su elevación a la Presidencia, el Apóstol se dirigió al Gobernador del Estado cerrando su discurso con estas palabras: "Señor Licenciado don Bibiano Villarreal, así se sirve al pueblo." Esta alusión al célebre cumplimiento del Presidente Díaz al Gobernador Reyes, presenta a maravilla el contraste de los dos sistemas, de las dos mentalidades.

la masa misma de la nación el virus de fuerza necesario a su transformación y su progreso, haciéndola intervenir, prudente y gradualmente, en los asuntos públicos por medio del voto, la deliberación y el poder; pues todos aquellos partidos, sin excluir al presuntuoso y estéril Partido Liberal habían sangrado al pueblo y lo dejaban que, carcomido por el hambre, humillado y mudo, se consumiese y "siguiera revolcándose en su áspero lecho de miseria" según la gráfica expresión de un anónimo escritor cuyos interesantes apuntes copio en seguida:

"Nuestra guerra de independencia, una vez abortado el movimiento popular e indígena, tuvo desde el punto de vista social una sola y deplorable consecuencia: el predominio absoluto y sin freno de la alta burguesía, lo mismo en las ciudades que en los campos, lo mismo sobre los jornaleros que sobre los artesanos".

"Como el intento de emancipación rural fracasó y no era tiempo todavía de que se iniciara con vigor el movimiento obrero, la situación económica del país continuó como antes estaba; las clases trabajadoras no tuvieron el menor alivio ni la más mínima ventaja, el régimen feudal permaneció inalterable y el peón del campo siguió siendo, bajo la República, tan explotado y miserable como lo había sido bajo el imperio de los virreyes. Sólo que, al faltar a los indígenas el generoso apoyo de los monarcas españoles y la sabia protección de las leyes indias, los hacendados y los ricos se encontraron en aptitud de abusar a su antojo, y los despojos de tierras y aguas, refrenadas antes por multitud de leyes que algunas veces violaban, pero que muchas otras se cumplían, alcanzaron bien pronto una intensidad y una frecuencia que nunca conocieron los tiempos coloniales."

Y después de otras consideraciones históricas, el mismo escritor recuerda las siguientes palabras del honrado don Ponciano Arriaga:

"La sociedad, en su parte material, se ha quedado la misma: la tierra en pocas manos, los capitales controlados, la circulación estancada. Todos los que estaban

fuera de las ventajas positivas de tal estado de cosas, buscaban su bienestar en la política y se hicieron agitadores. Y todos los que disfrutaban esas ventajas las saborearon y se hicieron egoístas”.

Madero no hizo la Revolución, pues las revoluciones no las hace un hombre. Cuando la Revolución estaba “hecha” en las conciencias, cuando se hizo “inevitable,” Madero se puso al frente de ella y cuando triunfó, en vez de asaltar la presidencia, gallardamente y por primera vez en la historia de su país, hizo que la voluntad nacional expresase su voto. La transacción de Ciudad Juárez inauguró su política de “cooperación de clases”, que conciliaba los intereses y devolvía la paz a todo el mundo. Madero era un sincero: no hay grande hombre sin una gran sinceridad. El tratado de Ciudad Juárez fué el abrazo generoso del pueblo vencedor al vencido plutócrata. “Eliminado Porfirio Díaz,—dice un inteligente escritor cubano,—el interés de la gente de orden y de capital estaba en ponerse de parte de Madero. Cuanto más fuerza se le hubiere dado por la derecha, tanto más fácil le hubiere sido contener a la izquierda y conseguir que en la obra, *inevitable*, de las reformas, se procediere con prudencia.”

“Los científicos, los latifundistas, los privilegiados, los hombres de interés en general, han cometido un gravísimo error, que le está costando caro a México y que a ellos también puede costarles; porque se exponen a que la revolución actual, cuando triunfe, ejercite represalias y realice por la fuerza lo que Madero no quiso hacer sino por medios legales y benignos, en concordancia con su benevolencia y la inquebrantable rectitud de su espíritu. Hoy la reforma agraria, base de la regeneración de la raza india y que crea una clase numerosa de pequeños propietarios, se hará por medio del despojo de los grandes terratenientes que los adquirieron ilegítimamente; mientras que si Madero hubiera seguido en la Presidencia, esa transformación se habría realizado de una manera legal, con respeto al derecho e indemnizan-

do a los dueños de las tierras apropiadas.” Un librito de autor desconocido decía algo semejante, pocas semanas antes de la caída de aquel ideal Presidente: “Los hacendados y hombres de intereses en general, deben reconocer que al adelantarse a la muerte del General Díaz y poner en la Presidencia a un jefe fuerte, legítimo y patriota, la revolución salvó al país y a los intereses de una terrible hecatombe. La revolución no creó males que existen desde cuatro siglos y que el sistema porfiriano en lugar de corregir, puso en virulencia. Para curarlos, la revolución tuvo que descubrirlos; pero con la otra mano mostró el remedio cuya aplicación depende del apoyo que el país, hoy árbitro único de sus propios destinos, sepa prestarle.” El referido folleto, aparecido pocas semanas antes de la Traición, contiene además las siguientes curiosas profesías: “Además,—refiriéndose a los sistemas de reclutamiento—en un punto de vista más positivo, el servicio militar obligatorio aboliría al ejército permanente, la existencia de un grupo de hombres con costumbres, ideas y sentimientos diferentes de los del resto de la Nación y que puede, en momentos nefastos, convertirse en verdadero peligro....” Y poco más lejos: “Cualesquiera que sean la alharaca y el tumulto de los malvados, expresados a gritos o a balazos, la verdad y la justicia acabarán por abrirse paso. La bandera de la legalidad está en manos de un hombre que, él solo, sobre los ministros traidores, sobre los capitalistas corruptores y sobre los generales conspiradores, representa el *tenax propositi* de los verdaderos ideales mexicanos y tras de él otros habrá que, cualesquiera que sean las revoluciones futuras, así se hagan para derribar sociedades caducas agarrándolas por las entrañas o para llevarlas al poder con gentil gesto de cortesano o con vil genuflexión de lacayo, otros habrá que persigan, en la sombra o en plena luz, el triunfo de lo justo sobre lo inicuo. El pueblo mexicano tuvo la fortuna de ver a la cabeza de sus reivindicadores a un patriota puro, vencido y perfectamente resuelto a dar a cada uno lo

que es suyo: al criollo lo que es del criollo, al indio, lo que es del indio, y lo suficientemente civilizado para hacerlo con taza, con prudencia, sin sectarismo, sin peligrosos apresuramientos, dentro del más profundo respeto a todos los derechos; pero acabando con la vetusta tradición que quiere que el indio, infeliz paria mal nutrido, sea el que en este país lo pague todo, en sangre y oro. En la oscura selva de los acontecimientos un punto brilla: el designio de la conciencia nacional. Que las cabezas se descubran y las frentes se inclinen: el indio, regenerado, acabará por tener pan, libro y cobija. El voto de Humboldt será cumplido por la voluntad incontestable del pueblo." (¡Piedad para el Indio! 1913.)

Si la inconcebible traición de Huerta, sancionada por todos los grupos adversos a la idea revolucionaria, vino a despertar una mortal guerra de odios, las relaciones entre los partidos eran bien diferentes cuando Madero ascendió al poder. El eclecticismo, el inductarismo del Apóstol y la ausencia de verdaderos rencores entre las clases, lo colocaban en privilegiada posición para intentar, en generoso y postrer esfuerzo, la cooperación de todos los partidos en pro de la regeneración del Indio, base verdadera del engrandecimiento nacional. Su apego a la ley y al orden, tanto como su origen aristocrático, sus inrompibles ligas de parentesco con la más activa, industriosa y próspera familia de la República, eran una preciosa garantía para la estabilidad de los intereses; como su probado amor al pueblo, su genial y prolongado sacrificio, eran una firmísima garantía para el mejoramiento de las clases populares. Madero, delegado del pueblo, era una ideal figura para la defensa de los intereses creados, una figura providencialmente surgida en catastrófico momento, para la conciliación de todos los intereses en un abrazo del pasado con el porvenir; sin atender a que, aún en tiempos normales, la cooperación de los partidos a los fines del progreso es una necesidad en la lucha entre los agregados sociales, superior a las

divergencias que agitan a las partes que los componen. Mientras no interviene el odio ciego, mientras duermen las pasiones personales mientras se combate con las ideas y no con las personas, la lucha de clases, exacta en sentido relativo y estrecho, deja de serlo en cuanto se trata de superiores intereses. Los intereses comunes entre un hacendado y un peón, entre un gran terrateniente y un pequeño agricultor, no son siempre necesariamente antagonistas. "La actividad económica de un país—dice Fourier—crea "varios" intereses diversos correspondientes a los pequeños propietarios, a los pequeños agricultores, a los pequeños industriales." El antagonismo o la concordia de intereses no son simples; hay inteses colectivos que son comunes a toda la humanidad, a toda una nación, a toda una clase, pues el principio darwiniano del mundo biológico no siempre se repite en las luchas del mundo social.

El lento y superficial criterio de las clases acomodadas no pudo comprender que Madero, sediento de justicia, enamorado de paz y fraternidad sociales, recto y patriota antes que todo, había encontrado en Ciudad Juárez la fórmula bendita que traía el acuerdo a su conciencia de civilizado y la armonía a la nación que estaba llamado a gobernar, pues aquel gran vidente no podía ignorar que la revolución prolongada es ruina y que la potencia de un pueblo se cimenta en su riqueza y se apunala en su fuerza. Si la revolución era inevitable, si estaba en todas las conciencias, ¿quién mejor que aquel aristócrata reformador, agente vivo de todos los intereses, expresión de la ley, apoyado en la ley y en el pueblo, quién mejor que él para contener el aluvión de vinda y violencias de toda suerte? ¿La postración del pueblo indio debía ser eterna? ¿Se le condenaba a inexorable, a perpetua servidumbre? ¿Nada podía cedérsele, nada debía hacerse en su beneficio? ¿La espoliación, el abuso, debían, pues, mantenerse como inmutable ley? Jamás clase alguna cometió tan grosero error de psicología social, negándose a reconocer, con altivo y vehe-

mente desprecio, la existencia de sentimientos colectivos que, examinándose un poco, hubiera encontrado en el fondo de sí misma, porque le correspondían rigurosamente como la sombra al cuerpo que la proyecta. (1).

Para asegurar su advenimiento al trono de Francia,

(1) Los "anti-científicos" que militaron en el movimiento maderista más por motivos de orden personal, transitorio, que por trascendental caridad hacia los indios oprimidos, censuran con aspereza la transacción de Ciudad Juárez. No piensan que sin esa transacción que permitió al Apóstol iniciar sus reformas al llevarlo más tarde al poder, el General Díaz estaría aún hoy día, quizá, en el lugar que ocupa Huerta. El General Díaz cayó porque Limantour, convencido de que la opinión yanqui y la opinión criolla mexicana, estaban contra los científicos—más contra los científicos que contra el mismo General Díaz—se propuso salvar los intereses de aquéllos sacrificando a éste. El pueblo, la gran masa rural, la combatiente, no acudió en número al llamamiento de Madero porque ni le importaban los científicos, ni se había penetrado de la idea redentora escondida en la fórmula política del antirreeleccionismo. El General Díaz no fué vencido por la fuerza armada de los indios, sino por la fuerza de la opinión criolla que, una vez más, el Dictador habría ahogado fácilmente si hubiera tenido consejeros menos ricos. Madero jamás contó con cien mil campesinos armados, ni tampoco ganó batallas, pues la de Ciudad Juárez más fué una sorpresa que una batalla. Los cien mil hombres que comandados por generales de popular prestigio, marchan hoy contra Huerta, tienen que conquistar el terreno palmo a palmo, con enorme sacrificio de sangre. Sin dinero, sin crédito, sin ejército, con reclutas de leva que se le escapan por el menor repliegue, en pleno desprestigio ante la conciencia universal, perdidos los cuatro puertos septentrionales del Golfo, sin asomo de derecho y con la declarada voluntad de Wilson en su contra, Huerta se mantiene en el poder y pone, para dejarlo, condiciones que espantan aún a sus propios partidarios. Sin la transacción de Ciudad Juárez, la Revolución habría sido deshecha o, tras de grandes y prolongados sacrificios, habría llegado al poder sobre osamentas. La transacción de Ciudad Juárez fué hecha por dos civilizados: Madero y Limantour. Para que toda conciliación se hiciera imposible, necesitábase un salvaje endemoniado que viniera a echar pólvora al fuego....

La traición de Huerta, al restablecer las posiciones en el tablero, puso dinamita bajo el problema y trajo a la Revolución, por simple lógica, el elemento que le hacía falta: el odio. No a otra causa se debe su incremento. "El triunfo final es del que más odia" dice "Cráter." El "determinismo" filosófico niega la influencia personal sobre la determinación y la atribuye toda entera a la fuerza de los motivos (Larousse, 234). La intransigencia y el radicalismo de la actual Revolución no radican en el espíritu de ninguno de sus directores, sino en el espíritu de la Revolución misma. Pretender juzgar a los hombres sin percatarse de las circunstancias, del momento histórico y el ambiente en que se mueven, es hacer obra necia y probar espesa ignorancia.

Bonaparte hizo fusilar al Duque de Enghien, después de sumarisimo consejo de guerra. El último vástago del gran Condé, conspiraba contra el poder del Primer Cónsul; pero la violencia del procedimiento, la juventud, el heroísmo, la estirpe de la ilustre víctima conmovieron a la nación, haciendo exclamar a Talleyrand: "Esto es peor que un crimen: es una falta".

¿Qué objeto tuvo Huerta al asesinar a Madero? Asegurar su continuación en el poder usurpado, aboliendo el legítimo y aterrorizando al pueblo que lo había elegido. Pero si la ejecución de Enghien pudo considerarse como necesario escarmiento para hacer respetar la voluntad del pueblo expresada en el plebiscito y para conservar el orden público, si fué un acto político o un crimen inútil e impolítico, el asesinato de Madero fué una simple imbecilidad, puesto que tenía que producir y produjo un efecto diametralmente opuesto al que sus autores se propusieron. No nos pongamos, para juzgarlo, en la mente del traidor carnicero que embrutecido por el alcohol, casi irresponsable, no conocía otra solución ni otra política que *matar*; pero pongámonos en la mente de los ministros civiles cuyo consejo sancionó aquel acto estúpido. (1) Si en aquella siniestra asamblea pudo discutirse la voluntad de su digno presidente, dos

(1) En el curso de estos apuntes, escritos bajo la impresión dolorosa de terribles acontecimientos, se ataca a las personalidades que en ellos tuvieron principal participo. A la inmoral y capciosa alabanza, justo es que suceda el juicio severamente reprobatorio. La moral pública no puede seguir enfangada en la impostura y los falsos prestigios; pero no debe olvidarse que los hombres, lejos de conducir a la historia, son conducidos por ella. Los hombres, simples instrumentos, no son más que la expresión, el producto de un estado social determinado. No es a ellos a quienes debe odiarse, sino a las malas instituciones que hacen a los hombres malos. Tras de los enemigos del pueblo, caídos no bajo el golpe de estúpidos atentados, sino bajo la fuerza revolucionaria de la historia, vienen los salvadores dispuestos a arrostrarlo todo para reconquistar sus fundamentales derechos. Si el maderismo que sobrevive a su creador, tiene cóleras implacables contra la sociedad presente, no es menos cierto que su gran piedad llega hasta los privilegiados que experimentan ya, a su manera, la angustia de la situación que les creó su propia infidencia y cargarán bien pronto, sobre sus débiles espaldas, el pesado fardo de sus privilegios.